

PORTADA BARROCA HACIA EL PASADO NOVOHISPANO

Felipe CASTRO GUTIÉRREZ
*Instituto de Investigaciones Históricas,
Universidad Nacional Autónoma de México*

UNA PORTADA BARROCA

LA PORTADA SE LEVANTA EN EL ANTIGUO Colegio de San Pedro y San Pablo. La cantería, de denso y delicado follaje, se proyecta para enmarcar la puerta de entrada y guiar la mirada hacia el escudo real y el pontificio. Como toda obra barroca, resulta más fácil apreciarla de cerca que de percibirse en su totalidad. El espectador primero se complace con la gracia y sutileza del cincel, y tiene que alejarse un tanto para apreciar el sentido y las proporciones del conjunto.

No siempre estuvo la portada aquí. El lugar original donde la soñó y construyó el arquitecto Ildefonso de Iniesta Vejarano fue el salón "General" de la antigua Universidad de México; muy cerca se hallaban las otras que edificó entre 1759-1761 para agraciar la entrada principal y la capilla. Las portadas corrieron con triste destino: sufrieron primero los embates del neoclásico y luego las obras de remodelación ordenadas por Justo Sierra en 1908. De todas solamente sobrevivió la que aquí nos ocupa, depositadas en una bodega. Allí la encontró José Vasconcelos y de la oscuridad fue llevada a la luz para engalanar la fachada del Colegio de San Pedro y San Pablo, por entonces destinado a una escuela secundaria.

Cuando en 1966 se presentó ante el lector *Estudios de Historia Novohispana* (en adelante *EHN*) llevó en su frente y primeras páginas un dibujo de esta obra barroca realizado por Manuel González Galván. Es interesante apreciar que en el frente de la revista, figura la portada con las puertas cerradas, de complejo ensamblado; en el interior estas puertas desaparecen, como si invitaran al lector a penetrar en el pasado.

En el primer artículo de este número inicial pudo leerse un breve texto (apenas unas cuatro páginas) de Francisco de la Maza, titulado precisamente “Las portadas estípites de la antigua universidad”. Después de poner en claro la autoría de esta obra barroca y narrar brevemente la historia y destrucción de las portadas, decía el ilustre historiador que “¿Se sustituyó esta devastación con algún edificio moderno mejor que el destruido? No. Ahora es un hacinamiento de pintarrajeadas tiendas de paliacates. Así se “moderniza” la ciudad de México, con una falta de imaginación y de dignidad que raya en lo inverosímil.¹ Francisco de la Maza no volvió a publicar en *EHN*, pero se mantuvo como una especie de consejero informal en la revista hasta su fallecimiento en 1974.²

Esta preocupación conservadora —en el sentido estético y patrimonial del término— acompañó durante años a la nueva publicación. Se complementaba naturalmente con otras inquietudes. En este mismo volumen primigenio, Miguel León-Portilla escogió publicar una conferencia presentada en la Universidad de Salamanca —la más venerable del mundo hispánico, antecedente y paradigma de la mexicana— en un homenaje a fray Bernardino de Sahagún. En ella, concluía diciendo que

nuestro propósito no es sólo evocar una pasada grandeza. Más que nada, es invitación a proseguir el estudio de la obra extraordinaria del franciscano y, sobre todo, a hacer nuestra esa actitud suya de comprensión profunda y humana de las diferencias culturales.³

¹ MAZA, 1966.

² MARTÍNEZ MARÍN, 1947.

³ LEÓN-PORTILLA, 1966b.

Y, páginas más adelante, podía leerse a otro franciscano, Lino Gómez-Canedo, diciendo que

Es sorprendente la facilidad con que adquieren carta de naturaleza y son aceptadas por la historiografía mejor acreditada ciertas afirmaciones muy dudosas o carentes en absoluto de base [...] De aquí que la crítica constituya parte esencial de la tarea historiográfica.⁴

Es característico del estilo institucional de entonces que la aparición de esta nueva publicación no viniera acompañada de grandes declaraciones de principios. Pero no sé si expresa o inadvertidamente, puede leerse en estos emblemas y artículos iniciales los principios que la guiarían durante décadas: compromiso con el rescate y conservación del pasado, humanismo, respeto a las diferencias y finalmente, lo que es propio y particular del historiador: la duda, la crítica y la discusión ilustrada.

La revista se mantiene hasta hoy día, abriendo sus páginas a todos los especialistas en historia novohispana, sin distinción de orientación o temática. Sin embargo, la forma y el modo de cumplir con los principios que le dieron origen no son ya los mismos. Las instituciones, el mundo académico y sus publicaciones, los estilos y convenciones han cambiado. La crónica de esta historia lleva consigo las ideas, los conflictos de su tiempo, las tensiones entre continuidad y cambio, entre modernidad y tradición.

DE LA ARCADIA PATRIARCAL A LA MODERNIDAD INSTITUCIONAL*

La época que giró en torno al meridiano del pasado siglo fue un momento cumbre en la historiografía mexicana. Cabe sospechar que lo que ayudó a su consagración fueron los años

⁴ GÓMEZ-CANEDO, 1966.

* Agradezco a Rosa Camelo la información y referencias bibliográficas respecto a este periodo. Desde luego, la descripción e interpretaciones son de responsabilidad de este autor.

jóvenes de quienes a fines de la centuria estuvieron en posición de construir la memoria del periodo; pero también hay elementos que indican un cambio de rumbo, una coyuntura que marcó claramente un antes y un después.

Fueron, sin duda, buenos años para ser un joven estudiante de historia. En la secundaria podían escucharse las clases de profesores como Juan Ortega y Medina o Arturo Arnáiz y Freg. En la preparatoria de San Ildefonso, donde asistía prácticamente toda la población estudiantil, era fácil acudir a las conferencias que en el Colegio Nacional impartían José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Alfonso Caso, Manuel Toussaint o Diego Rivera. Y con un breve trayecto en tranvía se podía entrar sin restricción alguna a la Facultad de Filosofía y Letras, donde los jóvenes se entusiasaban con los cursos de Justino Fernández, Samuel Ramos, Francisco de la Maza, Leopoldo Zea, Ortega y Medina y Edmundo O'Gorman.⁵

En la facultad, fueron los años de las grandes polémicas entre los eruditos tradicionales y los historicistas, los "filósofos de la historia".⁶ Los historicistas atraían el entusiasmo de los alumnos con su desafío a las normas establecidas, una manera de ver y hacer historia que iba más allá de la compilación ordenada de datos, y una narrativa que permitía el vuelo de la imaginación, muy distinta de la seca reconstrucción tradicional de acontecimientos. Carlos Martínez Marín, quien estudió en la facultad entre 1947-1951, recuerda que

[...] Cuando yo estudié historia se podría decir que había dos tipos de maestros: los más antiguos, que venían de una formación que no sé si sería justo llamarla positivista pero casi, y los profesores más jóvenes, que estaban imbuidos de modernidad; los de la vieja guardia eran buenos maestros, disciplinados, conocedores a fondo de sus temas, de todas las posibilidades que ofrecían las fuentes de información [...] Los jóvenes, los modernos, estaban enfocados principalmente en el área de

⁵ MANRIQUE, 1995, pp. 427-428.

⁶ TORRE VILLAR, 1998, p. 64.

historia del arte o entre algunas materias intermedias entre filosofía e historia.⁷

La revista *Filosofía y Letras* de esta facultad de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) proporcionaba un órgano de expresión a los renovadores y dio cabida a una polémica mesa redonda realizada en 1945 sobre “El problema de la verdad histórica”.⁸

Los profesores tradicionalistas podían estar a la defensiva, pero ocupaban los puestos de dirección, contaban con el apoyo de las autoridades y, sobre todo, se hallaban al frente de una de las tendencias más notables de la época: la profesionalización de la investigación histórica y la creación de nuevas instituciones de docencia e investigación. En realidad, aunque los relatos sobre el periodo dan la palma a los renovadores, la cuestión de la corriente que a la larga predominó en la historiografía mexicana sigue estando abierta.

La creación del Instituto de Historia en 1945, resultó de las conversaciones y propósitos compartidos de varios prestigiosos historiadores. Entre ellos destacaban los que algunos estudiantes llamaban “los grandes viejos”: Pablo Martínez del Río y Rafael García Granados. En la definición del proyecto también participaron académicos con una larga trayectoria, como Alberto María Carreño y Federico Gómez de Orozco e investigadores que tenían la experiencia previa de la creación del Instituto de Investigaciones Estéticas, como Manuel Toussaint, Justino Fernández y Salvador Toscano.

Pocos meses después de la creación del Instituto, Edmundo O’Gorman hizo pública una opinión crítica acerca de su orientación predominante:

Del Instituto de Investigaciones Históricas quizá puede decirse que se echa de menos en su composición actual elementos

⁷ MARTÍNEZ MARÍN, 1998, p. 78.

⁸ “Sobre el problema de la verdad histórica”, 1945. En esta mesa redonda participaron O’Gorman, Rafael Altamira, Ramón Iglesia, José Gaos, Paul Kirchhoff y Alfonso Caso, entre otros.

que atiendan, como es de razón, los aspectos filosóficos de la historia, que es de capital importancia para el pensamiento histórico contemporáneo. Es de esperarse que esa omisión pronto se subsane [...]

Y en seguida, hablando de la situación institucional de los estudios históricos, decía que

Todavía se echan de menos muchas cosas, por ejemplo un Instituto de Investigación de la Cultura Mexicana donde los historiadores pudiesen trabajar en estrecha comunicación e intercambio con el arqueólogo, el filólogo y el filósofo. Es decir, un centro de estudios de las ciencias humanas o del espíritu, en vista de las realidades culturales de nuestro país. Ninguna de las instituciones existentes acaban de satisfacer plenamente esta exigencia, ya por ser demasiado especializadas, ya por la orientación general que les han comunicado sus dirigentes.⁹

El Instituto tuvo en sus primeros años una vida bastante precaria. El espacio físico eran dos pequeñas habitaciones en el edificio de la Biblioteca Nacional —el frío y oscuro convento de San Agustín. En una se hallaba el archivo del general Porfirio Díaz que se encargaba de ordenar y publicar Alberto María Carreño; en la otra trabajaban Rafael García Granados y las jóvenes estudiantes que preparaban el *Diccionario biográfico de historia antigua de México*.¹⁰ A falta de una sala de reuniones, el café Isabel, calle de por medio, servía de lugar de encuentro, sociabilidad y discusión.

Los investigadores laboraban en sus domicilios, en las salas de la Biblioteca Nacional o en el Archivo General de la Nación. No existía un presupuesto para publicaciones; se obtenían los fondos negociando en cada caso con instituciones gubernamentales, editoriales privadas o mecenas particulares, y como recordaría años después Ernesto de la

⁹ O'GORMAN, 1945. O'Gorman ingresaría años después al Instituto, donde realizaría muchas de sus publicaciones y llegaría a ser investigador emérito.

¹⁰ BORGONIO, 1998, pp. 20 y 21.

Torre Villar “realmente siento que a veces se trabajaba de milagro [...]” Obviamente, no había publicaciones periódicas propias.

El estilo de dirección era de una simplicidad patriarcal: tanto el director fundador, Pablo Martínez del Río como su sucesor, García Granados, favorecieron la comunicación personal e informal, confiaban en que cada investigador desarrollaría libremente sus actividades y esperaban que los auxiliares cumplieran sus tareas con un mínimo de supervisión. No existía propiamente hablando un plan de desarrollo institucional, informes o evaluaciones, y la burocracia y el papeleo eran mínimos. Tampoco había seminarios, reuniones del personal académico, organización de congresos o bien ciclos de conferencias.

Las condiciones cambiaron un tanto a raíz del traslado a Ciudad Universitaria, donde mayores espacios y presupuesto permitieron contratar ajóvenes egresados de la Facultad de Filosofía y Letras y de El Colegio de México —los primeros que tenían una formación básica en historia. Muchos de ellos arribaron como auxiliares en dos grandes investigaciones típicamente eruditas: la edición íntegra del archivo de Porfirio Díaz y el *Diccionario biográfico de historia antigua de México* de García Granados.

En 1957 ingresaron al Instituto Miguel León-Portilla y Ángel María Garibay, quienes prontamente organizaron el Seminario de Cultura Náhuatl e iniciaron la publicación de *Estudios de Cultura Náhuatl*. Poco después, en 1963, León-Portilla fue designado director, y durante su periodo de gobierno impulsó una reorganización profunda de la estructura y los estilos de comunicación del Instituto. En parte parece haberse tratado de una convicción personal,¹¹ pero en una perspectiva más amplia, éstos fueron los años en que la UNAM en su conjunto pasó por una reestructuración que procuraba establecer normas y procedimientos en una institución que sobre todo a partir del traslado a Ciudad Universitaria había crecido guiada por proyectos y entusiasmos particulares, sin una planeación de conjunto. Dentro de estas medidas estu-

¹¹ LEÓN-PORTILLA, 1998, pp. 96-101.

vo la reglamentación de los centros de investigación, pues hasta entonces había existido una completa variedad tanto en su denominación como en su organización interna. Así, el Instituto de Historia posteriormente se denominó “de Investigaciones Históricas”.

El Instituto adquirió la organización y los estilos de trabajo que en términos generales aún existen. Un cambio significativo en cuanto a formas de hacer historia se refiere, fue la cancelación del proyecto de edición del archivo de Porfirio Díaz, que para entonces sumaba ya treinta volúmenes.¹² Bajo la nueva dirección, se estableció una sección (de antropología, que poco después se separó para dar origen al Instituto de Investigaciones Antropológicas) y varias áreas (prehispánica, colonial, moderna y contemporánea). Y dado que existía el antecedente de una revista dedicada especialmente al área prehispánica, se crearon publicaciones para las demás: primero, *Anales de Antropología* (en 1964, actualmente editada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM), *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea* (1965) y *Estudios de Historia Novohispana* (1966).

En la presentación del primer número de *EHN*, decía León-Portilla que

Juntamente con la preparación de obras más extensas destinadas generalmente a publicarse en forma de libro, se ha considerado conveniente editar también una serie de anuarios en los que pueden ofrecerse trabajos más breves, artículos y ensayos, destinados a esclarecer algún punto en particular y que muchas veces podrán ser anticipo de lo que se ha encontrado a lo largo de la investigación.¹³

La revista se presentaba como un anuario (de hecho, en otro artículo del primer volumen se hablaba erróneamente del “Anuario de Estudios Novohispanos”). Sin embargo, como en las demás publicaciones del Instituto, *EHN* se defi-

¹² LEÓN-PORTILLA, 1998. pp. 106 y 109-110; véase también GARRITZ, 1998, pp. 133-134.

¹³ LEÓN-PORTILLA, 1966.

nía en la portada interior como una “publicación eventual”. La idea prevaleciente es que se trataba de una publicación seriada, pero que no tenía un necesario y forzoso carácter periódico.

La editora del número inicial fue Josefina Muriel, con la colaboración de Rosa Camelo. Recordaría Muriel, años después que Camelo “[...] tenía muchas relaciones con alumnos e investigadores jóvenes, y por tanto, conseguía artículos de personas que no estaban en el Instituto”.¹⁴ De hecho, en los volúmenes 2 y 3 Muriel y Camelo aparecen ya como coeditoras. De manera sorprendente, en los dos siguientes números los créditos de edición desaparecieron, hasta que en los volúmenes 6 y 7 se dieron a un comité compuesto por Rosa Camelo, Ignacio del Río, Jorge Gurría y Josefina Muriel. En los volúmenes 8-10 la sola responsabilidad fue de Rosa Camelo, algo que coincide, como veremos, con un cambio en la orientación de los artículos. Entre 1991-1999 la edición estuvo en manos de Felipe Castro Gutiérrez, y desde entonces a la fecha ha estado al cuidado de Pilar Martínez López-Cano.

El nombramiento del editor de las revistas lo realizaba inicialmente el director. Sin embargo, cuando en 1986 se discutió y aprobó un “Reglamento Interno” se determinó que la designación la realizaría el Colegio del Personal Académico. De hecho, la edición de las revistas quedó bajo la absoluta responsabilidad del editor; ni los directores ni el Comité Editorial, que en el Instituto de Investigaciones Históricas aprueba y supervisa la edición de originales, han tenido ni tienen injerencia directa en la edición de las publicaciones periódicas. El procedimiento —y asimismo, los largos periodos al frente de las revistas—, ha permitido que los editores actúen con independencia de criterio y que, hasta cierto punto, dejen su impronta en estilos y preferencia temáticas. Por las mismas razones, aunque las revistas tuvieron en sus orígenes características y propósitos comunes, con el tiempo acabaron por generar estilos, procedimientos y personalidades distintivas.

¹⁴ MURIEL, 1998, p. 44.

Un cambio de cierta importancia formal ocurrió en 1991, cuando la organización y los procedimientos de *EHN* cambiaron para conformarse a los criterios internacionales y, posteriormente, a las recomendaciones y requerimientos establecidos por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología para el registro en el Índice Mexicano de Revistas de Excelencia (después renombrado “de Investigación Científica y Tecnológica”). Así, *EHN* se convirtió en una publicación periódica, primero anual y a partir de 1999, semestral. Asimismo, se estableció un consejo editorial compuesto por investigadores de la UNAM y un comité asesor externo. Se comenzaron a aceptar artículos en inglés, a incluir resúmenes (“abstracts”) bilingües y a someter las contribuciones a dictámenes por escrito. El mayor cambio, en realidad, fue la transición de una publicación “en serie” a una propiamente periódica; en otras cuestiones la “modernización” simplemente significó que ciertos procedimientos que se habían realizado de manera informal pasaron a tener una considerable cauda burocrática.

EL DISCURSO DEL MÉTODO

Estudios de Historia Novohispana no tiene ni ha tenido una adscripción teórica específica ni pertenece a alguna “capilla” particular. Esta orientación (o falta de ella) recibió en su tiempo una ambigua aprobación en el medio académico, como puede verse en una reseña publicada en *Historia Mexicana* donde Irene Vásquez de Warman, después de criticar la desigual calidad del primer volumen, decía que

[...] el contenido de la revista es y será necesariamente en lo futuro heterogéneo; dará cabida a cualquier tema dentro de la historia colonial y no podrá ofrecer una plataforma definida ya que dentro de sus propósitos está el de incluir todas las tendencias y enfoques posibles. Estas características, que a mi juicio no constituyen un defecto, sí marcan el destino de esta publicación.¹⁵

¹⁵ VÁSQUEZ DE WARMAN, 1967, pp. 153-155.

Los artículos publicados a través de los años reflejan la muy diversa integración del Instituto de Investigaciones Históricas que, si bien fue fundado por historiadores “de la vieja escuela”, fue poco a poco incorporando académicos de otras inclinaciones. También muestran, así sea de una manera parcial, las tendencias existentes en general en la investigación histórica de tema novohispano.

Desde luego, sería incorrecto apreciar el modo de ver la historia de un autor solamente por artículos de revistas. En los artículos se presentan habitualmente ya sean estudios particulares, que por su naturaleza no se prestan para desarrollos más amplios, o bien el resultado parcial de una investigación más ambiciosa. Por estas razones, las argumentaciones de mayor vuelo y ambición no son frecuentes dentro de textos que tienen una extensión limitada y una intención muy específica. Sin embargo, viendo las contribuciones en una perspectiva muy amplia, pueden apreciarse ciertas líneas de evolución del pensamiento y el método historiográfico.

Buena cantidad de los artículos publicados en los primeros números son glosa y comentario de documentos o fuentes impresas, o bien, simple y llanamente constituyen estudios preliminares a la publicación íntegra o selectiva de documentos.¹⁶ Hay aquí una necesidad concreta de la profesión del historiador, la de contar con fuentes accesibles y confiables, paleografiadas con cuidado y comentadas con esmero. En ocasiones no existe un propósito ulterior, o éste se deja en manos del curioso lector. El amor por las páginas añejas, la tarea de desenlazar abreviaturas, desentrañar arcaísmos y ocuparse de transcribir lenta y sin prisa las palabras de otros tiempos deviene un propósito en sí mismo.

Es interesante apreciar que este socorrido género, que era uno de los favoritos de la tradición erudita, comienza a tener una presencia cada vez menor en la década de 1980; subsiste en los años siguientes, pero encuentra su lugar en una sección particular titulada “Documentaria”. La edición

¹⁶ Véanse HORCASITAS, 1978 y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 1991.

de textos llegó a ser considerada como un subproducto o en todo caso como una fase preliminar de la investigación, y no como su objeto propio y distintivo.

Estrechamente relacionado con la edición de textos se encuentran los artículos que pertenecen al género erudito respecto de alguna institución, personaje o acontecimiento, donde se rescatan y reconstruyen fragmentos del pasado, se comparan datos, examinan las contradicciones de los testimonios y dilucidan dudas. Típicamente, la importancia o pertinencia del asunto se considera evidente o, más bien, está fuera de cuestión. No hay una justificación de la trascendencia del tema, la elaboración de algún argumento acerca de su relación con procesos o ideas históricas más amplios, ni tampoco algún género de conclusión. La explicación venía de la narración; un hecho se derivaba del anterior, en una serie consecutiva de acontecimientos cuya explicación correspondía a una sucesión ordenada de documentos probatorios. El pasado era una "cosa en sí", que podía rehacerse a la manera del arqueólogo que pacientemente reúne las piezas de un objeto.

Es frecuente referirse a esta tradición historiográfica como "positivista". Sin embargo, como bien ha señalado Álvaro Matute, el concepto es equívoco por muchos conceptos. La búsqueda de la "verdad" objetiva de los hechos, el apoyo en documentos, el recurso sistemático a la revisión, comparación y conciliación de los testimonios, son de hecho muy anteriores a la aparición del positivismo.¹⁷ Por otro lado, aunque el positivismo insistía en el conocimiento objetivo y la neutralidad del investigador frente a su objeto de estudio, su visión de la historia no se reducía al simple encadenamiento narrativo de hechos. La insistencia positivista en la explicación mediante leyes y el argumento de que existían estadios de la evolución de la sociedad aparecen en la producción historiográfica mexicana a la vuelta del siglo XX, pero su influencia no se prolonga más allá.¹⁸ El positivismo historiográfico ocupa de

¹⁷ MATUTE AGUIRRE, 1991 y 1999, pp. 15-16.

¹⁸ MATUTE AGUIRRE, 1991 y 1999.

hecho un breve —aunque importante— periodo en la historiografía mexicana.

No es el caso de la tradición erudita a la manera de Leopold von Ranke y sus sucesores, que establecieron y llevaron a la perfección los métodos que aun ahora, con poca variación, seguimos utilizando. O'Gorman la llamaba “tradicción historiográfica-naturalista” o bien “historiografía científica”.¹⁹ Matute ha propuesto denominarla (sin mucho éxito) “empirismo tradicionalista”. Asimismo, se la podría denominar historia procesal o legalista, y no solamente porque muchos de sus practicantes fueron abogados de formación, sino también porque como ha mencionado Stephen Haber, se basaba en nociones legalistas de prueba y alegato: códigos y ordenanzas, declaraciones de testigos (separándolos en presenciales o indirectos), corroboración comparativa de las declaraciones para dilucidar la verdad objetiva, razonamiento por analogía y construcción de una narrativa que reposaba en el brillo retórico y tenía contenidos morales implícitos.²⁰

Se ha vuelto un lugar común denostar a la historia erudita y construir fáciles ironías respecto a su inocencia cognoscitiva, sus ilusiones acerca de la objetividad, la reducción del papel del historiador a un compilador de documentos y el esencialismo anacrónico de sus conceptos. A lo sumo, se le reconoce su capacidad para refinar métodos de trabajo y acumular ordenadamente información sobre el pasado. Sin embargo, en su momento la historia erudita fue una innovación. En sus orígenes, tuvo el propósito de separar la disciplina histórica de la literatura, la filosofía y la propaganda partidista. En el México posrevolucionario esta tradición trató de marcar distancias respecto a los esfuerzos gubernamentales de difundir e implantar ideas acerca de un destino compartido y la inevitabilidad del Estado-nación. Hoy día resulta extraño pensar en la erudición como una forma de disidencia cultural; pero efectivamente tuvo este sentido, aunque fuese una disidencia de carácter más bien simbólica y dirigi-

¹⁹ O'GORMAN, 1947, p. 106.

²⁰ HABER, 1999, pp. 310-311.

da a un reducido grupo de iniciados. El mismo interés por el pasado colonial, aparentemente inocuo, contradecía una versión oficial que veía el periodo novohispano como una “no-historia”, como una especie de paréntesis indeseable entre las glorias culturales del pasado prehispánico, las luchas patrióticas de la independencia y del siglo XIX y la apoteosis agraria y nacionalista de la Revolución.

LOS FUEGOS DE ARTIFICIO DEL HISTORICISMO

Es un lugar común decir que la tradición erudita fue desplazada por el historicismo. La novedad e importancia de esta corriente historiográfica puede ser mal comprendida, precisamente porque muchos de sus postulados acabaron incorporándose en la práctica histórica habitual. No parece muy radical hoy día sostener la idea de que puede haber varias interpretaciones de un hecho o documento, que la verdad histórica es relativa, desconfiar de los esencialismos y la proyección de ideas contemporáneas hacia el pasado, insistir en que la comprensión del pretérito debe atender a sus circunstancias históricas y que el historiador debe reflexionar sobre los problemas cognoscitivos y filosóficos. Pero en su tiempo, fue una verdadera revolución historiográfica, que provocó grandes debates y pasiones encontradas.

La influencia del historicismo en los artículos de *EHN* es poco evidente en los primeros números aunque la editora, Rosa Camelo, se orientaba en esta dirección. En el volumen 4 apareció un artículo suyo, que podríamos llamar de un historicismo precavido, sobre “La idea de la historia en Baltasar de Obregón”²¹ donde expone y comenta las ideas providencialistas de este autor. Las conclusiones son tanto del mayor interés como representativas de las preocupaciones de esta tendencia.

Baltasar de Obregón encierra la Historia en Dios, de Él parte su movimiento y los hombres con sus acciones vuel-

²¹ CAMELO, 1971.

ven este movimiento a Dios porque los hechos históricos tienen como último y verdadero fin su conocimiento y glorificación... a pesar de esta divina dirección, el hombre no pierde su libertad individual, ya que puede obrar bien o mal, siguiendo los caminos de la religión o cayendo en las tentaciones del demonio.

Es solamente en el volumen 7 cuando aparecen dos artículos de Roberto Moreno y de Rosa Camelo, que recogen conferencias impartidas en un ciclo organizado por la Academia Mexicana de la Historia sobre "Historiografía de la Nueva España" y se ubican plenamente dentro del historicismo. Desde entonces, aunque esta perspectiva no fue completamente dominante, se ha mantenido siempre presente.

La lectura del libro de Florescano y Pérez Montfort, *Historiadores de México en el siglo XX*²² podría llevar a pensar que el historicismo se aceptó con entusiasmo y que se convirtió en la perspectiva hegemónica entre los historiadores mexicanos. Sin embargo, el desarrollo y expansión de esta corriente en México debería ser examinado de una manera crítica, o para hacer honor a sus principios, con ojos historicistas. En realidad, su predominio no es tan evidente, y aunque O'Gorman anunció repetidas veces la decadencia de la historiografía "naturalista", este género de trabajos siguió apareciendo sin mostrar señales de agotamiento. Podría decirse incluso que la monografía especializada, que es el estilo dominante en las revistas históricas contemporáneas, se deriva más de la tradición erudita que del historicismo.

Esto en parte se debe a que la crítica y compilación de fuentes eran y siguen siendo una tarea inevitable y fundamental para el historiador. Para cumplir con este propósito, la tradición erudita proporcionaba un método, una serie de procedimientos y técnicas respecto a la ubicación del material documental y bibliográfico, su clasificación, comparación y conversión en texto escrito que podía enseñarse y aplicarse con aparente facilidad, aunque el resultado fuese frecuentemente árido.

²² FLORESCANO Y PÉREZ MONTFORT, 1995.

A diferencia, el historicismo no tenía un método propio y específico; consistía, más bien, en un conjunto de principios y actitudes. En las manos de sus principales exponentes, esto se convertía en una elocuente argumentación donde brillaba la vastedad de los conocimientos, la agudeza analítica y la posibilidad de, como decía Rosa Camelo, “penetrar en la vida y los hechos de hombres de otros tiempos, en sus formas de pensamiento y tener la capacidad de situarlos en lo que esas formas de pensamiento y esos hombres fueron”.²³ Sin embargo, esta manera de pensar y hacer la historia tenía más de arte que de método; y como ocurre con las manifestaciones artísticas, es más fácil describirlas que imitarlas.

Por otro lado, el historicismo se acomodaba bien a cierto género de estudios, como la historia de la historiografía, la de las ideas o del arte; pero era difícilmente aplicable a los intereses que comenzaron a desarrollarse vigorosamente en los años sesenta, como la historia social, la económica o la demográfica. Para efectos prácticos el historicismo actuaba como si las altas y las bajas de la economía, las cifras de la población o los problemas sociales no incidieran en el pensamiento de los hombres de la época. Es característico que aunque esta corriente favoreció y generó la edición de buen número de crónicas e historias, dependía poco del material documental de archivo. Su aproximación a la historia de las ideas era aquella que los historiadores anglosajones suelen llamar “interna”, para diferenciarlo del análisis “externo”, que considera las ideas en relación con los acontecimientos y el contexto social.²⁴ La relación entre los “ratones de archivo”, ansiosos por el soñado documento original, angustiados por la posible aparición de algún imprevisto documento que echara por tierra la narración era, en el mejor de los casos, condescendiente. A lo sumo, los acontecimientos importaban en la medida en que permitían a las personalidades manifestar sus opiniones sobre el hombre y el mundo que los rodeaba.

²³ CAMELO, 1998, p. 89.

²⁴ RAAT, 1971.

Asimismo, el énfasis en las ideas implicaba una fuerte inclinación intelectualista; el interés por los pensadores del pasado permitía trazar líneas de pensamiento que iban desarrollándose y transformándose a través del tiempo y las circunstancias, y situar en su justa perspectiva las polémicas como la muy famosa entre Las Casas y Sepúlveda, de manera tal que se iba más allá de los tradicionales juicios morales que proyectaban hacia el pasado valores contemporáneos.²⁵ A diferencia, se prestaba menos para comprender y explicar formas de pensamiento poco estructuradas, como las que ocurrían entre grupos semiletrados o analfabetas o creencias que, aunque muy arraigadas, no tenían una coherencia formal, como las que serían, con el tiempo, asunto de la historia “de las mentalidades”.

Este intelectualismo elitista se presentó en los años cuarenta y tuvo su momento de auge a mediados de siglo. Pero en los años sesenta comenzó a percibirse la influencia de la llamada escuela de los *Annales*, que trajo consigo un avasallador interés por la historia social, económica y demográfica, el recurso a la cuantificación, a la perspectiva comparativa y el establecimiento de causalidades que, en cierto modo, implicaban un retorno a la visión naturalista de la historia.²⁶ Es también el periodo de prosperidad del marxismo, que aunque proveía de otra corriente de pensamiento, vino en México a coincidir con la “escuela francesa” en un distanciamiento de la historia política, militar y de las ideas, un énfasis en el estudio de la “infraestructura” de la sociedad y mayor interés por la historia vista “desde abajo”.

No era exactamente que en los años previos la “escuela francesa” fuese desconocida. Silvio Zavala (quien se ocupó de que sus obras fuesen conocidas y publicadas en México) o Ernesto de la Torre estuvieron en Francia y conocieron de cerca a los grandes autores de ese tiempo, pero

²⁵ Véanse las polémicas de O’Gorman, con Marcel Bataillon, André Saint Lu y Laurette Sejourné. O’GORMAN, 1971 y 1974.

²⁶ Al respecto, véase el “estado de la cuestión” y en cierto modo convocatoria para la acción realizada por Enrique Florescano en la III Reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos, en 1969. FLORESCANO, 1971.

este acercamiento no se reflejó clara y directamente en sus obras.²⁷ Se trata, probablemente, de un relevo generacional. Si la época dorada de los historicistas coincidió con la formación y el arribo a las instituciones de los primeros académicos que tuvieron a la historia como su formación básica, el auge de la nueva historia social, económica y de implicaciones radicales coincide con la aparición de la “universidad de masas”, la multiplicación de las instituciones y la expansión de una actividad profesional que, hasta entonces, había sido asunto de unos pocos elegidos.

La difusión de las nuevas tendencias historiográficas puede apreciarse muy bien en el número 8 de *EHN*, que es probablemente el más notable de esa época de la revista. En este volumen hay dos artículos muy significativos, uno de Norman F. Martin, acerca de los pobres, mendigos y vagabundos en la Nueva España,²⁸ cercano a lo que entonces era “historia social”, y un texto de Ignacio del Río donde el autor utilizaba categorías y modelos conceptuales como el de la acumulación originaria y la destrucción de la comunidad como paso previo para el pleno desarrollo del capitalismo con el propósito de explicar la economía y la sociedad de las fronteras novohispanas.²⁹

El énfasis estructural era muy vigoroso en los artículos de esos años. Así, se podía leer a Solange Alberro comparar las cifras de la producción minera con la curva numérica de los casos inquisitoriales de Zacatecas, y proponer un condicionamiento estructural de la conducta:

En otras palabras, los hombres y las mujeres que cometen o se ven acusados de cometer delitos sin gravedad constituyen justamente la masa sensible a las oscilaciones de la producción de plata que domina la vida de la región. Su personalidad, a menudo poco individualizada, su estado social que los vuelve vulnerables los hacen adoptar comportamientos directamente regidos por la coyuntura económica.³⁰

²⁷ ZAVALA, 1998, pp. 60-63.

²⁸ MARTIN, 1985.

²⁹ RÍO, 1985, p. 98.

³⁰ ALBERRO, 1985, p. 143.

El momento historiográfico es tanto más notable cuando se toma en cuenta que las investigaciones posteriores de muchos de estos autores fueron por otros caminos. En el artículo de Sergio Ortega que apareció en este mismo volumen 8, sobre "Introducción al estudio de las mentalidades"³¹ se argumenta que esta perspectiva aporta un conocimiento de la manera en que los hombres percibieron y vivieron las estructuras económicas y sociales; y en seguida se establece que esta historia acepta el papel determinante de la instancia económica en los fenómenos sociales, y que uno de sus supuestos es que los comportamientos están determinados por las circunstancias económicas y sociales, que inducen ideologías, imágenes y representaciones mentales que los justifican.³² De hecho, la amplia producción posterior del Seminario de Historia de las Mentalidades consideró a la cultura como una variable con determinantes complejos y su propio ritmo de evolución. Lo mismo puede decirse de la historia de tema indígena, misional y de las fronteras, donde categorías conceptuales como las de dominación, autonomía y negociación ocuparon el centro de la discusión.³³

Los años recientes resultan menos fáciles de identificar en cuanto a influencias historiográficas. La diversidad proviene de la multiplicación de instituciones de formación básica y de posgrado, la proliferación de centros de investigación, los mayores contactos con otras disciplinas dedicadas al estudio de la sociedad y la ruptura del aislamiento de una historiografía que, si bien hasta entonces no había sido exactamente provinciana, había tenido escasos contactos con las tradiciones académicas del extranjero. También se debe a lo que podríamos llamar la apología del eclecticismo, donde parece conjuntarse el recurso a la metodología erudita, los principios relativistas del historicismo, la perspectiva socioeconómica y social del marxismo y

³¹ ORTEGA NORIEGA, 1985, pp. 127-137.

³² Es ilustrativo comparar este texto con una nueva versión presentada por el mismo autor en el ciclo de conferencias "El historiador frente a la historia", realizado en 1990. ORTEGA NORIEGA, 1992.

³³ Río, 1991.

los *Annales*, con una desconfianza hacia los determinismos. Si acaso, podría apreciarse una tendencia hacia una aproximación culturalista y hacia lo que en Estados Unidos ha dado en llamarse “nueva historia cultural”,³⁴ con énfasis en un relativismo cognoscitivo, un retorno al análisis del testimonio escrito como objeto cultural, el interés por las estructuras mentales perdurables y los sistemas simbólicos que no tienen una relación directa con las condiciones materiales.³⁵ Paradójicamente, esta “nueva historia” recoge inadvertidamente muchas propuestas historicistas, aunque con un enfoque desplazado hacia los grupos subalternos y marginados.

LOS GRANDES TEMAS

En toda revista existe la tendencia a privilegiar ciertos temas, y *EHN* no es la excepción. Para ello contribuyen lo que podríamos llamar los tópicos generacionales en discusión, los estilos institucionales y los intereses de los editores. Asimismo, estas preferencias son las que confieren su personalidad a las publicaciones periódicas.

El estudio biográfico fue uno de los géneros favoritos de la tradición erudita, que estuvo presente con frecuencia en los primeros números de la revista. En ocasiones estos trabajos no pasaban de poner en orden la documentación y los hechos relacionados con un personaje, sin ir más allá ni presentar conclusiones; éstas quedaban abiertas a la inquietud o intereses del lector. Las biografías favoritas fueron casi inevitablemente de conquistadores, funcionarios y eclesiásticos, como Vasco de Quiroga³⁶ o Diego de Ibarra.³⁷ Uno de los pocos casos que se sale de este patrón y donde el propósito resulta explícito es el artículo de Josefina Muriel sobre Cuauhtémoc, donde sostiene que

³⁴ YOUNG, 1999.

³⁵ RAMÍREZ RUIZ, 2000 y LAVRIN, 2000.

³⁶ ARRIAGA, 1966.

³⁷ PORRAS MUÑOZ, 1968.

[...] es el ejemplar más acabado de un hombre en lucha por su libertad. Pero no por una vaga o indefinida idea de libertad, sino por aquella que, hablando en lenguaje de nuestro tiempo, es la que constituye los derechos del hombre: libertad religiosa, libertad política, libertad de propiedad, libertad personal.³⁸

La escasez posterior de este género parece resultado de la desconfianza hacia la historia “heroica”, elitista y romántica;³⁹ su decaimiento viene parejo con la expansión de la historia social y económica. Cuando posteriormente reaparece es con una variante peculiar: el personaje es en cierto modo la excusa o la vía de acceso para ingresar a realidades más amplias, como el papel de las personalidades en la formación de la sociedad colonial, la trascendencia de las clientelas personales y de la “familia” en sentido extenso y los mecanismos que permitían a los linajes distinguidos perpetuarse y a la vez renovar su composición mediante alianzas matrimoniales con funcionarios e inmigrantes. Son muy ilustrativos a este respecto los artículos de Victoria González Muñoz, sobre la presencia de inmigrantes vascos en las familias “beneméritas” de Yucatán,⁴⁰ y de Gustavo Alfaro Ramírez, quien se ocupa de la manera en que un funcionario acumulaba influencias y enemigos.⁴¹ Es interesante constatar que si las biografías tradicionales privilegiaron el siglo de la conquista, en cambio aquellas que dan al biografiado un enfoque contextual tienden a ocuparse de épocas posteriores y a incorporar elementos de la sociología política.

³⁸ MURIEL, 1966. Este artículo fue posteriormente reimpresso masivamente por el Partido Revolucionario Institucional con un prólogo del presidente De la Madrid. Debe tenerse en cuenta que por entonces la polémica sobre la autenticidad de los restos de Cuauhtémoc en Ixcateopan (sobre la cual la autora no se pronuncia) era reciente.

³⁹ Véanse los comentarios respecto de este género de HAMILL JR., 1971, pp. 285-286.

⁴⁰ GONZÁLEZ MUÑOZ, 1994.

⁴¹ ALFARO RAMÍREZ, 1997.

Una evolución en cierto modo contraria a la historia biográfica es la que siguen los estudios sobre la economía colonial. Salvo alusiones marginales, la historia económica estuvo prácticamente ausente en los años iniciales de la revista. Es a partir de la década de los ochenta que apareció con regularidad y que incluso tiende a desplazar a otros géneros. No está por demás mencionar que la actual editora de la revista, Pilar Martínez López-Cano, es una historiadora de la economía y del crédito colonial.

La historia económica tiene una larga tradición en México; Luis Chávez Orozco, destacadamente, dedicó varios trabajos al tema y se ocupó de publicar muchos materiales documentales para su estudio. El auge contemporáneo del género es en parte, resultado de la influencia de autores como Labrousse, Braudel y Vicens Vives en México. El libro de Enrique Florescano sobre *Precios del maíz y crisis agrícola en México* (1969)⁴² probablemente marca el inicio de una tendencia que ha tenido una considerable y amplia cauda de publicaciones.

Esta corriente tiene diversas influencias y rutas de ingreso. Sería desde luego excesivo considerar que *EHN* representa y reúne una manera particular de abordar el tema, pero cuando se examinan con detenimiento los artículos respectivos resalta que las cuestiones económicas son abordadas de manera indirecta, mediante el estudio de las instituciones o de ciertas personalidades. Asimismo, el método utilizado es el tradicional de los estudios históricos (la serie ordenada de documentos, con una argumentación que se encamina a convencer, más que a probar hipótesis). Son los casos del artículo de Antonio Rubial, "Santiago de Ocuituco: la organización económica de un convento rural agustino a mediados del siglo XVI"⁴³ de Gisela von Wobeser, "La política económica de la corona española frente a la industria azucarera en la Nueva España"⁴⁴ o de Carmen Yuste, "Francisco Ignacio de Yraeta y el comercio

⁴² FLORESCANO, 1969.

⁴³ RUBIAL GARCÍA, 1981.

⁴⁴ WOBESER, 1987.

transpacífico".⁴⁵ Los temas propiamente económicos y el recurso a las series numéricas y gráficas, pasan a primer plano; se trata sobre todo de estudios acerca de la tributación o los ciclos de la minería como los publicados por Ramírez Gallardo, Bakewell, Hausberger y Hillerkuss.⁴⁶

Sin embargo, en uno y otro casos una conclusión general parece clara: la comprensión plena de los ciclos económicos, de los auges y crisis de los reinos y las regiones tiene una estrecha vinculación con los criterios gubernamentales sobre el buen gobierno, con las tradiciones jurídicas y la actuación de oligarquías y linajes dedicados a controlar e influir en la manera en que los hombres organizaban la vida material. El gran modelo de la economía imperial y la dependencia colonial, la vasta estructura teórica, no parecen haber tenido una utilidad directa o una repercusión práctica en el análisis.⁴⁷

A pesar de que *EHN* en principio se dedicó a todos los aspectos de la historia novohispana, existen ciertos tópicos que se reiteran volumen tras volumen, y que han permanecido constantes a lo largo de las décadas. Éstos son la historia eclesiástica, la misional, la indígena y de la frontera norte del virreinato. Estos temas, como una revisión cuidadosa permite observar, guardan una estrecha relación entre sí. Su frecuencia se presta bien para observar las tendencias, continuidades y transformaciones en la reflexión historiográfica.

En los primeros artículos publicados sobre la Iglesia es evidente el interés por los aspectos fundacionales e institucionales. A esta orientación pertenecen los trabajos de Virve Piho y Ernesto de la Torre Villar sobre la organización eclesiástica,⁴⁸ de Josefina Muriel respecto a los primigenios conventos franciscanos⁴⁹ y de Lino Gómez Canedo,

⁴⁵ YUSTE, 1987.

⁴⁶ RODRÍGUEZ GALLARDO, 1985; BAKEWELL, 1991; HAUSBERGER, 1995, y HILLERKUSS, 1996.

⁴⁷ Una excepción es la contribución de Cheryl MARTIN: "Modes of Production in Colonial Mexico: The Case of Morelos" (1992).

⁴⁸ PIHO, 1991 y TORRE VILLAR, 1970.

⁴⁹ MURIEL, 1978.

sobre los antecedentes de la evangelización del occidente novohispano.⁵⁰ El tono general es de estilo "ricardiano" y se muestra muy bien en la contribución de De la Torre Villar, cuando argumenta que los gobiernos civil y eclesiástico de América aprovecharon la tradición institucional y colonizadora española, pero también se organizaron con base en experimentos apoyados a menudo en altos ideales y aun utopías, que algunas veces la realidad y otros mezquinos y oscuros intereses contrariaron e hicieron fracasar.

Los cambios pueden observarse en cierta inclinación hacia las heterogéneas manifestaciones de la vida religiosa, tanto entre los eclesiásticos como entre la población laica. Se trata, desde luego, de la heterodoxia, a la que Eva Uchmany⁵¹ y Solange Alberro⁵² dedicaron artículos, pero asimismo, de las modalidades escatológicas del cristianismo barroco que fueron atractivas para Carmen León Cázarez y Antonio Rubial García⁵³ y de otras manifestaciones que, aun dentro de la ortodoxia, constituían corrientes divergentes dentro del catolicismo.⁵⁴

La renovación de este campo de estudios puede haber provenido, como se ha dicho frecuentemente, de la conjunción del método histórico y de la perspectiva antropológica. Sin embargo, lo que se aprecia en *EHN* es sobre todo la influencia de Charles Gibson. La publicación de *Los aztecas bajo el dominio español*, como ha comentado James Lockhart,⁵⁵ llevó al primer plano el estudio de los indios como sujetos de la historia, y no meramente como un objeto sometido a los proyectos bien o mal intencionados de religiosos, funcionarios y colonos españoles. Esta obra no trajo consigo, en realidad, nuevas aportaciones metodológicas ni teóricas; pero al cambiar de perspectiva introdujo los principios que hicieron posible una crítica razonada de

⁵⁰ GÓMEZ-CANEDO, 1987.

⁵¹ UCHMANY, 1985 y 1987.

⁵² ALBERRO, 1985.

⁵³ LEÓN CÁZAREZ, 1993 y RUBIAL GARCÍA, 1998.

⁵⁴ RUBIAL GARCÍA, 1978.

⁵⁵ LOCKHART, 1995, p. 162.

la labor misional, alejándola de la añeja y monótona polémica sobre la "verdadera naturaleza" moral de la conquista.

La renovación en el tratamiento de la temática fue paulatina. Todavía en 1966 María Elena Galaviz hablaba del descubrimiento de seris y pimas por los españoles,⁵⁶ y en 1968 Delfina López Sarrelangue seguía las crónicas jesuíticas cuando aseveraba que las misiones habían dado preciados frutos en el ejercicio de las cuatro virtudes cardinales de justicia, prudencia, fortaleza y templanza.⁵⁷

No muchos años después (1974) Ignacio del Río retomaba estos temas y en sus comentarios a un informe misional sostenía que

En cierta forma, la civilización llevada por los misioneros y la consiguiente ruptura del equilibrio entre formas culturales y medio natural que habían logrado establecer los californios como resultado de un proceso milenario de adaptación, obraron también como factores causales del descenso de población, aunque sus efectos en este sentido son difícilmente cuantificables.⁵⁸

En este artículo aparecen las cuestiones de la adaptación a un medio ambiente, de las consecuencias deliberadas e involuntarias del programa misional de cambio cultural, y de la ruptura de los complejos vínculos, relaciones y prácticas que permitían la supervivencia y continuidad de una sociedad que después el autor expondría más ampliamente en *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*,⁵⁹ donde expone un modelo de análisis sobre la sedentarización de los grupos indígenas en un contexto misional que, hasta la fecha, sigue siendo el más amplio y explicativo.

Es interesante comparar estas consideraciones sobre el cambio cultural atendiendo a su contraparte, esto es, la

⁵⁶ GALAVIZ DE CAPDEVIELLE, 1966.

⁵⁷ LÓPEZ SARRELANGUE, 1968.

⁵⁸ RÍO, 1974.

⁵⁹ RÍO, 1984.

forma en que el medio ambiente y la sociedad misional afectaron a los misioneros. La reconstrucción que hace Bernd Hausberger de la vida cotidiana de los jesuitas, basándose en su correspondencia privada, proporciona un curioso panorama sobre la dura realidad que afrontaban los misioneros, y las penas que ocasionaba el cumplimiento (o, en ocasiones, el incumplimiento) de las virtudes teológicas en tierra de gentiles.⁶⁰

En cierto modo, la historiografía ha recorrido un camino similar al de los jóvenes misioneros: desde las grandes generalizaciones idealizadas hacia el análisis concreto de las diversas condiciones que dan razón de los acontecimientos. Esto ha permitido hacer evidente que la respuesta indígena ante la conquista y la evangelización no fue pasiva, pero que tampoco puede explicarse con determinismos simplistas o por alguna supuesta voluntad indígena de resistencia permanente al dominio español.

José Luis Mirafuentes se ha adentrado repetidamente en el tema con resultados que son tanto interesantes como sorprendentes. En su estudio sobre las tropas de indios auxiliares en Sonora,⁶¹ describe cómo la conquista y posteriormente la defensa de las fronteras la realizaron los propios indios. Comenta cómo los indígenas llegaron a menospreciar a los soldados españoles y a ver con resentimiento cómo su contribución en la defensa del reino no les ponía a salvo de las depredaciones de militares y colonos. Además, argumenta que estas situaciones se insertaron en las pugnas entre los jesuitas, los colonos vascos y los demás vecinos y autoridades civiles y que fueron estos complejos conflictos los que alteraron las relaciones de autoridad en el seno de la sociedad indígena, provocaron levantamientos y condicionaron la respuesta de las autoridades frente a la violencia de los naturales.⁶²

⁶⁰ HAUSBERGER, 1997.

⁶¹ MIRAFUENTES GALVÁN, 1993.

⁶² LÓPEZ SARRELANGUE, 1968.

PORTADAS BARROCAS Y ESTÉTICA POSMODERNA:
LAS REVISTAS AL FINAL DE UN SIGLO

A mediados del pasado siglo los historiadores mexicanos contaban con media docena de publicaciones periódicas. Ahora, a cinco décadas de distancia las instituciones de investigación y enseñanza de la historia se han multiplicado, y raro es el caso de las que no cuentan con su propia revista. Agréguese a esto que la publicación en revistas extranjeras no es ya algo excepcional, y que estas ediciones pueden adquirirse o consultarse con una facilidad anteriormente inusual.

La posibilidad de una selección “natural”, determinada por la pertinencia y calidad no existe, dado que la mayor parte de las revistas sobreviven gracias a subsidios institucionales y persisten aunque el grueso de sus volúmenes acumulen polvo en librerías y bodegas. Hemos arribado a la situación en que el problema para el investigador no es tanto contar con publicaciones periódicas, sino estar al tanto de todas ellas y contar con criterios confiables que permitan distinguir las de interés de las que no lo son. El Índice Mexicano de Revistas de Investigación Científica y Tecnológica del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología ha sido un primer paso en este sentido, avalado por su adopción de criterios internacionales y la existencia de un “comité de pares” para la evaluación del ingreso y permanencia del registro de publicaciones periódicas.

Sin embargo, la cuestión de la calidad intrínseca de las revistas no agota la discusión sobre su sentido y razón de existir. Las publicaciones periódicas surgieron y permanecieron como una forma de comunicar resultados parciales o finales de investigaciones que por su extensión o carácter no podían ni ameritaban presentarse como libros. Las revistas (o al menos algunas de ellas) por su periodicidad, procedimientos y calidad cumplieron con una importante función, y la publicación de ellas se convirtió en una tradición muy arraigada entre los historiadores.

Sin embargo, hoy día la aparición de la edición electrónica —con su bajo costo, facilidad e inmediatez de su consulta por

la gran mayoría del público universitario y no universitario— presenta un serio desafío a la existencia de las revistas. La inercia institucional y cierta resistencia al cambio tecnológico han permitido que las publicaciones periódicas, en su mayor parte, ignoren los cambios y que los editores actúen como, si para efectos prácticos, el mundo permaneciera tal cual era hace tres décadas. Algunas publicaciones fuera de México han iniciado una transición y tienen ediciones tanto impresas como digitales: es el caso, destacadamente, de *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, publicada por la Universidad de Tel Aviv. El camino de la transformación de las revistas académicas parece claro; lo que resulta menos evidente es adónde las conducirá.

REFERENCIAS

ALBERRO, Solange

- 1985 “Zacatecas, zona frontera, según los documentos inquisitoriales, siglos xvii y xviii”, en *Estudios de Historia Novohispana*, 8, pp. 139-174.

ALFARO RAMÍREZ, Gustavo

- 1997 “¿Quién encarceló al alguacil mayor de Puebla? La vida, los negocios y el poder de don Pedro de Mendoza y Escalante, 1695-1740”, en *Estudios de Historia Novohispana*, 17, pp. 31-62.

ARRIAGA, Antonio

- 1966 “Vasco de Quiroga, fundador de pueblos”, en *Estudios de Historia Novohispana*, 1, pp. 149-155.

BAKEWELL, Peter

- 1991 “La periodización de la producción minera en el norte de la Nueva España durante la época colonial”, en *Estudios de Historia Novohispana*, 10, pp. 31-43.

BORGONIO, Guadalupe

- 1998 “Editar la historia”, entrevista con Laura Espejel, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 19-28.

CAMELO, Rosa

- 1971 “La idea de la historia en Baltasar de Obregón”, en *Estudios de Historia Novohispana*, 4, iv, pp. 51-57.

- 1998 "Libertad de concebir la historia de otra manera", entrevista con Alicia Olivera, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 85-98.

FLORESCANO, Enrique

- 1969 *Precios del maíz y crisis agrícola en México (1708-1810)*. México: El Colegio de México.
- 1971 "Perspectivas de la historia económica en México", en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memorias de la tercera reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México-The University of Texas at Austin, pp. 317-338.

FLORESCANO Enrique y Ricardo PÉREZ MONTFORT

- 1995 *Historiadores de México en el siglo xx*. México: Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

GALAVIZ DE CAPDEVIELLE, María Elena

- 1966 "Rebeliones de seris y pimas en el siglo xviii. Características y situación", en *Estudios de Historia Novohispana*, 1, pp. 187-213.

GARRITZ, Amaya

- 1998 "Trabajar para los demás", entrevista con Laura Espejel, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 133-148.

GÓMEZ-CANEDO, Lino

- 1966 "¿Hombres o bestias? (Nuevo examen crítica de un viejo tópico)", en *Estudios de Historia Novohispana*, 1, pp. 29-51.
- 1987 "Huicot: antecedentes misionales", en *Estudios de Historia Novohispana*, 9, pp. 95-145.

GONZÁLEZ MUÑOZ, Victoria

- 1994 Andrés Rojo de Ruilova: un hidalgo guipuzcoano en Yucatán", en *Estudios de Historia Novohispana*, 14, pp. 39-60.

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Luis

- 1991 "Testimonios sobre la destrucción de las misiones tarahumaras y pimas en 1690", en *Estudios de Historia Novohispana*, 10, pp. 189-235.

HABER, Stephen

- 1999 "Anything Goes. Mexico's "New Cultural History", en *The Hispanic American Historical Review*, LXXIX:2 (mayo) pp. 309-330.

HAMILL Jr., Hugh

- 1971 "The Status of Biography in Mexican Historiography", en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memorias de la tercera reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México-The University of Texas at Austin, pp. 285-304.

HAUSBERGER, Bernd

- 1995 "La minería novohispana vista a través de los 'libros de cargo y data' de la Real Hacienda (1761-1767)", en *Estudios de Historia Novohispana*, 15, pp. 35-66.
- 1997 "La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el noroeste novohispano", en *Estudios de Historia Novohispana*, 17, pp. 63-106.

Hillerkuss, Thomas

- 1996 "Tasaciones y tributos de los pueblos de indios de la provincia de Ávalos, 1535-1555", en *Estudios de Historia Novohispana*, 16, pp. 15-32.

HORCASITAS, Fernando

- 1978 "Los descendientes de Nezahualpilli: documentos del cacicazgo de Tetzaco (1545-1855)", en *Estudios de Historia Novohispana*, 6, pp. 145-185.

LAVRIN, Asunción

- 2000 "La escritura desde un mundo oculto: espiritualidad y anonimidad en el convento de San Juan de la Penitencia", en *Estudios de Historia Novohispana*, 22, pp. 49-75.

LEÓN CÁZAREZ, María del Carmen

- 1993 "La presencia del demonio en las *Constituciones Diocesanas* de fray Francisco Núñez de la Vega", en *Estudios de Historia Novohispana*, 13, pp. 41-71.

LEÓN-PORTILLA, Miguel

- 1966 "El primer volumen de *Estudios de Historia Novohispana*", en *Estudios de Historia Novohispana*, 1, pp. 7-8.
- 1966b "Significado de la obra de fray Bernardino de Sahagún", en *Estudios de Historia Novohispana*, 1, pp. 13-27.
- 1998 *Egohistorias. El amor a Clío*, en MEYER, pp. 83-122.
- 1998b "El tesoro del legado y del presente indígena", entrevista con Alicia Olivera y Salvador Rueda, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 99-132.

LOCKHART, James

- 1995 "Charles Gibson y la etnohistoria del centro de México después de la Conquista", en FLORESCANO y PÉREZ MONTFORT, pp. 160-176.

LÓPEZ SARRELANGUE, Delfina

- 1968 "Las misiones jesuitas de Sonora y Sinaloa. Bases de la colonización de la Baja California", en *Estudios de Historia Novohispana*, 2, pp. 149-201.

MANRIQUE, Jorge Alberto

- 1995 *Historiadores de México en el siglo XX*, en FLORESCANO y PÉREZ MONTFORT, pp. 427-435.

MARTIN, Norman F.

- 1985 "Pobres, mendigos y vagabundos en la Nueva España: antecedentes y soluciones presentadas", en *Estudios de Historia Novohispana*, 8, pp. 99-126.

MARTIN, English Cheryl

- 1992 "Modes of Production in Colonial Mexico: The Case of Morelos", en *Estudios de Historia Novohispana*, 12, pp. 107-121.

MARTÍNEZ MARÍN, Carlos

- 1947 "Francisco de la Maza", en *Estudios de Historia Novohispana*, 1, pp. 7-8.
- 1998 "Entre la historia y una nueva disciplina", entrevista con Alicia Olivera, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 75-83.

MATUTE AGUIRRE, Álvaro

- 1991 "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", en *Secuencia*, 21 (sep.-dic.), pp. 49-64.
- 1999 *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica.

MAZA, Francisco de la

- 1966 "Las portadas estípites de la antigua Universidad", en *Estudios de Historia Novohispana*, 5, pp. 9-12.

MEYER, Jean (coord.)

- 1998 *Egohistorias. El amor a Clío*. México: Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines.

MIRAFUENTES GALVÁN, José Luis

- 1993 "Las tropas de indios auxiliares: conquista, contrainsurgencia y rebelión en Sonora", en *Estudios de Historia Novohispana*, 13, pp. 93-114.
- 1994 "Estructuras de poder político, fuerzas sociales y rebeliones indígenas en Sonora (siglo xviii)", en *Estudios de Historia Novohispana*, 14, pp. 117-143.

MURIEL, Josefina

- 1966 "Divergencias en la biografía de Cuauhtémoc", en *Estudios de Historia Novohispana*, 1, pp. 53-119.
- 1978 "En torno a una vieja polémica. Erección de los primeros conventos de San Francisco en la ciudad de México", en *Estudios de Historia Novohispana*, 6, pp. 7-38.
- 1998 "Una vida de amor a la verdad y a la justicia", entrevista con Alicia Olivera, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 29-50.

O'GORMAN, Edmundo

- 1945 "Cinco años de historia en México", en *Filosofía y Letras* (oct.-dic.), 20, pp. 167-183.
- 1947 *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México: Imprenta Universitaria.
- 1971 "Comentarios a un nuevo libro sobre el padre Las Casas", en *Estudios de Historia Novohispana*, 4, pp. 163-168.
- 1974 "Fray Bartolomé de Las Casas en la historia universal siglo xxi", en *Estudios de Historia Novohispana*, 5, pp. 233-239.

OLIVERA, Alicia, Salvador RUEDA y Laura ESPEJEL (coords.)

- 1998 *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*. Salvador Rueda y Laura Espejel (entrevistas). México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas.

ORTEGA NORIEGA, Sergio

- 1985 "Introducción al estudio de las mentalidades. Aspectos metodológicos", en *Estudios de Historia Novohispana*, 8, pp. 127-137.
- 1992 "Introducción a la historia de las mentalidades", en *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*. México: Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 87-95.

PIHO, Virve

- 1991 "La organización eclesiástica de la Nueva España durante los siglos XVI y XVII", en *Estudios de Historia Novohispana*, 10, pp. 11-30.

PORRAS MUÑOZ, Guillermo

- 1968 "Diego de Ibarra y la Nueva España", en *Estudios de Historia Novohispana*, 2, pp. 49-78.

RAAT, William D.

- 1971 "Ideas and History in Mexico: An Essay on Methodology", en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memorias de la tercera reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México-The University of Texas at Austin, pp. 687-699.

RAMÍREZ RUIZ, Marcelo

- 2000 "Microcosmos. El hombre del Nuevo Mundo y la tradición grecolatina", en *Estudios de Historia Novohispana*, 21, pp. 13-47.

RÍO, Ignacio del

- 1974 "Población y misiones de Baja California en 1772. Un informe de fray Juan Ramos de Lora", en *Estudios de Historia Novohispana*, 5, pp. 241-271.
- 1984 *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas.
- 1985 "Auge y decadencia de los placeres y el real de la Ciéneguilla, Sonora (1771-1783)", en *Estudios de Historia Novohispana*, 8, pp. 81-98.
- 1991 "Colonialismo y frontera. La imposición del tributo en Sinaloa y Sonora", en *Estudios de Historia Novohispana*, 10, pp. 237-265.

RODRÍGUEZ GALLARDO, Adolfo

- 1985 "Notas para el estudio del azogue en México en el siglo XVIII", en *Estudios de Historia Novohispana*, 8, pp. 223-242.

RUBIAL GARCÍA, Antonio

- 1978 "La Insulana, un ideal franciscano medieval en Nueva España", en *Estudios de Historia Novohispana*, 6, pp. 39-46.

- 1981 "Santiago de Ocuituco: la organización económica de un convento rural agustino a mediados del siglo XVI", en *Estudios de Historia Novohispana*, 7, pp. 2-28.
- 1998 "Cuerpos milagrosos. Creación y culto de las reliquias novohispanas", en *Estudios de Historia Novohispana*, 18, pp. 13-30.
- "Sobre el problema de la verdad histórica"
- 1945 "Sobre el problema de la verdad histórica", en *Filosofía y Letras* (oct.-dic.), 20, pp. 245-247.
- TORRE VILLAR, Ernesto de la
- 1970 "Erección de obispados en el siglo XVIII. El Obispado de Valles", en *Estudios de Historia Novohispana*, 3, pp. 173-234.
- 1998 "Entre bibliotecas, archivos y aulas", entrevista con Alicia Olivera y Salvador Rueda, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 51-74.
- UCHMANY, Eva Alexandra
- 1985 "De algunos cristianos nuevos en la conquista y colonización de la Nueva España", en *Estudios de Historia Novohispana*, 8, pp. 265-318.
- 1987 "Simón Vázquez Sevilla", en *Estudios de Historia Novohispana*, 9, pp. 67-93.
- VÁSQUEZ DE WARMAN, Irene
- 1967 "Estudios de Historia Novohispana", en *Historia Mexicana*, XVII: 1 (65) (jul.-sep.), pp. 153-155.
- WOBESER, Gisela von
- 1987 "La política económica de la Corona española frente a la industria azucarera en la NE" (1599-1630), en *Estudios de Historia Novohispana*, 9, pp. 51-66.
- YOUNG, Eric Van
- 1999 "The New Cultural History Comes to Old Mexico", en *The Hispanic American Historical Review*, LXXIX:2 (mayo), pp. 211-247.
- YUSTE, Carmen
- 1987 "Francisco Ignacio de Yraeta y el comercio transpacífico", en *Estudios de Historia Novohispana*, 9, pp. 189-217.
- ZAVALA, Silvio
- 1998 "Conversación autobiográfica con Jean Meyer", en Jean MEYER, pp. 315-332.